

DISCURSO

PRONUNCIADO EN EL CONGRESO EL DIA 4 DE ENERO DE 1849

PRECEDIDO

de un artículo inserto en EL HERALDO del 30 de Noviembre de 1848,

Y SEGUIDO DE LA

CORRESPONDENCIA CON EL SEÑOR CONDE DE MONTALEMBERT,

y de la

POLÉMICA CON ALGUNOS PERIÓDICOS

de nuevo y muy eficazmente la atención del lector sobre todas estas producciones, que fueron la pública y solemne inauguración de las creencias y doctrinas en cuya virtud ganó el Marqués de VALDEGAMAS tan ilustre renombre de filósofo católico, y una celebridad en el orbe cristiano, tan lisonjera para España como, lo que importa más, tan provechosa á la eterna y santa causa de la Religión verdadera.

ARTÍCULO

SOBRE

LOS SUCESOS DE ROMA

PUBLICADO EN EL «HERALDO» DEL 30 DE NOVIEMBRE DE 1848

La demagogia, que va caminando por la Europa, como las furias antiguas, coronada de serpientes; que va dejando en todas partes en pos de sí manchas rojizas y sangrientas; que ha hollado en París todos los tesoros de la civilización, en Viena toda la majestad del Imperio, en Berlín la cumbre de la Filosofía, viniéndole estrecho á su ambición tan portentoso teatro, ha levantado su trono, y ha asentado su yugo en Roma la santa, la imperial, la pontificia, la eterna.

Allí donde el Vicario de Jesucristo bendice al mundo y á la ciudad, se levanta arrogante, impía, rencorosa, frénética, y como poseída de un vértigo, y como tomada del vino, esa democracia insensata y feroz, sin Dios y sin ley, que oprime á la ciudad y que conturba al mundo.

Las colinas de Roma han presenciado el tumultuoso desfile de todos aquellos pueblos bárbaros que, ministros de la ira de Dios, antes de sujetar á la tierra, vinieron á saludar respetuosos y sumisos á la Reina de las gentes. Atila el bárbaro, el implacable; Alarico el potentísimo, el soberbio, sintieron desfallecer sus bríos, templarse su arrogancia, amansarse su ferocidad, disiparse su cólera y humillarse su soberbia en presencia de la ciudad inmortal y de sus Pontífices santos. Corred, del Oriente al Occidente, del Septentrión al Mediodía: abarcad

con la memoria todos los tiempos, y con los ojos todos los espacios: y en toda la prolongación de los primeros, y en toda la inmensidad de los segundos, no hallaréis un solo individuo de la especie humana, que no reverencie la virtud y que no respete la gloria. Sólo la demagogia ni respeta la virtud, esa gloria del cielo, ni la gloria, esa virtud de las naciones; la demagogia, que atacando todos los dogmas religiosos, se ha puesto fuera de toda Religión; que atacando todas las leyes humanas y divinas, se ha puesto fuera de toda ley; que atacando simultáneamente á todas las naciones, no tiene Patria; que atacando todos los instintos morales de los hombres, se ha puesto fuera del género humano. La demagogia es una negación absoluta: la negación del Gobierno en el orden político, la negación de la familia en el orden doméstico, la negación de la propiedad en el orden económico, la negación de Dios en el orden religioso, la negación del bien en el orden moral. La demagogia no es un mal, es el mal por excelencia: no es un error, es el error absoluto: no es un crimen cualquiera; es el crimen en su acepción más terrífica y más lata. Enemiga irreconciliable del género humano, y habiendo venido á las manos con él en la más grande batalla que han visto los hombres y que han presenciado los siglos, el fin de su lucha gigantesca será su propio fin ó el fin de los tiempos.

Todas las cosas humanas caminan hoy á su final desenlace con una rapidez milagrosa. El mundo vuela; Dios ha querido darle alas en su vejez, como dió en su vejez hijos á la mujer estéril de la Escritura. Dios le ha puesto las alas con que vuela, y él no sabe adónde va. ¿Adónde iba el pueblo cuando levantó en París sus barricadas de Febrero? Iba á la reforma, y se encontró en la República. ¿Adónde iba cuando levantó sus barricadas de Junio? Iba al socialismo, y se encontró en la dictadura. ¿Adónde iba Carlos Alberto cuando descendió con ejército potente á las llanuras lombardas? Iba á Milán, y se encontró en Turín. ¿Adónde iba el ejército austriaco cuando salió vencido de Milán? Iba á encumbrar los Alpes, y se en-

contró en Milán? ¿Adónde iban esos pueblos italianos, levantados de sus asientos como si obedecieran á una voz imperiosa bajada de las alturas? Iban á vencer á un Imperio vivo, y fueron vencidos por él, como los moros por el Cid, después de muerto. ¿Adónde van esos esclavos croatas? Van á Viena á defender la democracia esclavona, y se vuelven después de haber levantado al César sobre sus escudos, como los antiguos francos. ¿Adónde van los magyares, esa raza nobilísima de nobles caballeros? Van á sostener la aristocracia feudal en las aguas del Danubio, y tienden la mano á la demagogia alemana. ¿Adónde van los asesinos de Rossi? Van al Quirinal á robar á un Rey una corona, y, sin saberlo, ponen en su sagrada frente una Corona más: la corona del martirio.

El mártir santo es hoy más grande, es hoy más fuerte á los ojos atónicos de la Europa que el Rey augusto. La demagogia no reinará en el mundo sino en calidad de esclava de Dios, y como instrumento de sus designios. ¿Qué importa que ella vaya al Capitolio? ¿Quién es en estos tiempos el que llega adonde va? ¿Quién es aquel á quien el claro día no se le hace obscura noche, que le extravía en su camino? Si la Francia fué á la República pensando ir á la reforma; si después fué á la dictadura pensando ir al falansterio; si Carlos Alberto fué á Turín pensando ir á Milán; si Radetzky fué á Milán pensando ir á los Alpes, ¿qué mucho que la demagogia romana, pensando ir al Capitolio, vaya á la Roca Tarpeya?

Los demagogos de nuestros días, habiendo llegado ya al paroxismo de su soberbia, han renovado la guerra de los titanes, y pugnan por escalar el Quirinal, poniendo cadáver sobre cadáver, como los titanes pugnaron por escalar el cielo, poniendo monte sobre monte, Pelión sobre Osa. ¡Vanos intentos! ¡Soberbia vana! ¡Locura insigne! En este duelo del demagogo contra Dios, ¿quién habrá que tema por Dios... si no es acaso demagogo?

Pueblos, escuchad; extraviadas muchedumbres, poned un oído atento, y guardaos: porque, al paso con que caminan los

crímenes, la hora de la expiación está cerca. Ni el mundo en su paciencia, ni Dios en su misericordia, pueden sufrir por más tiempo tan horrendas bacanales. Dios no ha puesto á su Vicario en un Trono para que caiga en manos de alevos asesinos. El mundo católico no puede consentir que el guardador del dogma, el promulgador de la fe, el Pontífice santo, augusto é infalible, sea el prisionero de las turbas romanas. El día que consintiera el mundo católico tamaño desafuero, el catolicismo habría desaparecido del mundo, y el catolicismo no puede pasar: antes pasarán con estrépito y en tumulto los cielos y la tierra, los astros y los hombres. Dios ha prometido el puerto á la barca del Pescador: ni Dios ni el mundo pueden consentir que la demagogia encumbre su seguro y altísimo promontorio. Sin la Iglesia nada es posible sino el caos, sin el Pontífice no hay Iglesia, sin independencia no hay Pontífice. La cuestión, tal como viene planteada por los demagogos de Roma, no es una cuestión política, es una cuestión religiosa; no es una cuestión local, es una cuestión europea; no es una cuestión europea, es una cuestión humana. El mundo no puede consentir, y no consentirá, que la voz del Dios vivo sea el eco de una docena de demagogos del Tíber; que sus sentencias sean las sentencias de Asambleas tumultuosas, independientes y soberanas; que la demagogia romana confisque en su provecho la infalibilidad prometida al Obispo de Roma: que los oráculos demagógicos reemplacen á los oráculos pontificios. No: eso no puede ser, y eso no será, si no es que hemos llegado á aquellos pavorosos días apocalípticos, en que un gran imperio anticristiano se extenderá desde el centro hasta los polos de la tierra, en que la Iglesia de Jesucristo padecerá espantosos desmayos, en que se suspenderá por única vez el sacrificio tremendo, y en que, después de inauditas catástrofes, será necesaria la intervención directa de Dios para poner á salvo su Iglesia, para derrocar al soberbio y para despeñar al impío.

Al punto que han llegado las cosas, una solución radical

es urgentísima. Las sociedades no pueden más, y es menester, ó que la demagogia acabe, ó que la demagogia acabe con las sociedades humanas: ó una reacción, ó la muerte. Dios nos dará en su justicia la primera, para librarnos en su misericordia de la segunda.

ADVERTENCIA DEL EDITOR ¹

Reuniendo en un mismo cuaderno los escritos que van contenidos en éste, no solamente cumplimos lo que exige el orden cronológico de su producción respectiva, sino que también creemos satisfacer á lo que pide el orden lógico, como quiera que son partes integrantes de una sola idea. Nos ha parecido que el inmediato siguiente ARTÍCULO sobre los sucesos de Roma puede y aun debe considerarse como natural preámbulo del DISCURSO que insertamos después; así como la CORRESPONDENCIA con el Conde de MONTALEMBERT, y la POLÉMICA periodística que siguen al DISCURSO, son evidentemente no sólo una secuela del mismo, sino un luminoso comentario y epílogo de las grandes ideas en él contenidas.

Las dos cartas que publicamos del Conde de MONTALEMBERT las traducimos fielmente de sus propios originales. Las de DONOSO fueron publicadas por algunos periódicos españoles, traducidas del francés; y nosotros ahora las reproducimos conforme á los propios borradores en castellano, escritos por su autor. La primera de estas cartas suscitó protestas y refutaciones de varia índole en algunos periódicos españoles de la época, que fueron la ocasión del comunicado de DONOSO, inserto aquí en último lugar con el nombre de POLÉMICA, y cuyo texto mismo nos parece expresar con sobrada extensión los cargos á que responde para juzgarnos dispensados de exponerlos más detalladamente.

Por lo demás, no terminaremos esta advertencia sin llamar

¹ D. Gabino Tejado.